

que, en el caso de existir en Grecia como hecho astronómico, debió aprender de su maestro; pero muchos le han atribuido la invención por haberla dado á luz.

No fué Filolao el único de quien se dice que sostuvo esta verdad: en la misma secta de Pitágoras hubo muchos, más distinguidos como astrónomos que como filósofos, que lo enseñaron así. Seleuco de Eritrea decía que la tierra giraba como la circunferencia de una rueda: Ecfanto explicaba el movimiento de rotación sobre el eje, pero negando el movimiento de traslación; y Aniceto de Siracusa indicaba que todos los astros podían estar en reposo y sólo la tierra en movimiento en el universo, produciéndose así los mismos fenómenos que si se moviese el cielo. Por último, Enopides de Chio admitía que el mundo había pasado por grandes transformaciones, y que los astros habían variado de camino. Creía que el sol había recorrido ántes la vía láctea, y suponía que estas transformaciones eran continuas; pero sin explicarlas satisfactoriamente.

A los ojos del erudito y del historiador que se fija sólo en la expresion de una idea, estas creencias y opiniones podrán ser muy importantes en la generacion de las ideas modernas; mas para el hombre de ciencia que busca la convicción, el desarrollo lógico del pensamiento, la verdad demostrada ú

observada, apenas tienen significacion alguna, y sólo pueden compararse á las aventuradas hipótesis á que hoy se entregan poéticamente en obras de imaginacion hombres ajenos á la ciencia, que mañana pueden pasar por profetas.

IV.

ESCUELA ELEÁTICA.

Carácter y division de esta escuela. — Jenófanes. — Parménides. — Meliso. — Demócrito. — Atomismo. — Heráclito.

La filosofía griega había recorrido con las escuelas jónica é itálica el primer período de su existencia: había buscado en el número y en la naturaleza, objeto primero de toda observacion primitiva, el secreto del orden universal y la razon de las cosas. Pero estos dos principios no podían dar de sí más que lo que dieron en manos de Tales y de Pitágoras. Era necesaria en el orden lógico una nueva escuela, un nuevo punto de parada en aquella circunferencia que los filósofos iban descubriendo alrededor de la verdad sin dar nunca con ella. La naturaleza y el número se prestaban á confundir el espíritu y la materia, la causa y el efecto; un nuevo progreso debía separar estos dos elementos. Así lo hizo la escuela eleática; pero los separó mal: en vez de distinguirlos y dar á cada uno su

esfera propia y buscar sus mutuas relaciones, los consideró como contradictorios en su existencia, y se dividió en dos sectas: la metafísica, que admitía como principio único el espíritu, y la física, que partía de la materia y no admitía más que la materia.

La escuela metafísica de Elea fundó un racionalismo idealista, necesariamente panteístico. Jenófanes de Colofon (536), su fundador, empezó por sostener que Dios es un todo (el uno y el todo, dicen otros) infinito, una sustancia ó mente eterna y de forma esférica, inmutable en su esencia, no sujeto á ninguna clase de generacion ni de muerte, negando cuanto puede ser contradictorio á esta idea. El mundo, el universo en general, como mudable, inconstante y perecedero, es contradictorio con la idea de Dios; de consiguiente, ó no existe ó debe resolverse en el todo, siendo por tanto el mismo Dios, es decir, una sustancia, un sér divino.

Admitía al mismo tiempo que la materia, si no en su forma, á lo ménos en su esencia, era eterna, tanto por ser Dios, como porque de la nada no puede hacerse nada.

Respecto del conocimiento del universo, Jenófanes tuvo ideas muy vulgares. Si hemos de creer á Plutarco, pensaba que las estrellas apagaban su luz por la mañana para volver á lucir por la noche; que el sol es una gran nube inflamada, que tiene tam-

bién sus períodos en que se extingue el fuego que le hace brillante, verificándose entónces los eclipses; desatinos y vulgaridades que son inconcebibles un siglo despues de Tales, como dice un escritor del siglo pasado.

Parménides (400), su discípulo, explicó algun tanto el panteísmo idealista de su maestro, llevándole, como suelen hacer los discípulos, á la exageracion; de tal modo que el intento de la escuela eleática, mas bien indicado que manifestado, de oponer lo racional á lo sensible, haciendo dominar el elemento especulativo, dió muy pronto un amargo fruto. Parménides deduce de la eternidad del sér único la inmutabilidad, de ésta la negacion de toda sucesion ó desarrollo y de toda variedad, de manera que, sin pretenderlo, cae en el escepticismo, negando hasta la existencia finita, el movimiento y la distincion material. Admitía en ciencias el principio de la razon suficiente, y por ella explicaba que la Tierra estuviese en el centro del mundo sin caer hácia abajo, diciendo que no había razon alguna para que estuviese más hácia un lado que hácia otro en el espacio ó vacío infinito. Pero como este principio tiene sólo una aplicacion limitada á corto número de casos, venía á establecer en muchos la duda, despreciando como falso el testimonio de los sentidos y

yendo más allá que su maestro, que aun en los casos más dudosos admitía la conjetura y la presuncion.

Terminó esta secta con Meliso de Sámos, que llegó á considerar las cosas como simples fenómenos y las realidades físicas como apariencias, hasta el punto de negar las dimensiones geométricas á los cuerpos.

Como puede conocerse desde luego, no era lo más á propósito para conocer el universo negar su existencia y sus accidentes; de modo que la escuela metafísica de Eleas no dió un paso en esta materia, y causó un grave daño á la filosofía torciendo la direccion de su primer intento y haciendo irreconciliable é incompatible lo que sólo debía ser distinto.

La doctrina de Leucipo (500), fundador de la secta física, nos es poco conocida. Su discípulo Demócrito (484), natural de Abdera, en Tracia, fué el fundador del atomismo que caracterizó principalmente á esta secta. Se dedicó con tal ador al estudio, que sus contemporáneos decían de él que se había hecho sacar los ojos para no distraerse en sus meditaciones; pero parece cierto que se encerraba en una cueva para reflexionar. Rivalizó con Pitágoras en viajes y en conocimientos; pero se diferenció de él en que fué original en sus creencias.

Demócrito fundaba su doctrina en tres

principios: el átomo, el movimiento y el vacío. Los átomos son las partes pequeñísimas que constituyen los cuerpos, y se consideraba como unidades eternas, indivisibles é inmutables, infinitas en número, variadas en la forma, pero iguales en la esencia. El vacío es lo que separa los átomos, y el espacio inmenso que rodea el mundo y constituye con éste el universo. El movimiento era, á lo que parece, esencial á los átomos y como inherente á su existencia; pero Demócrito no fijó sus leyes, pudiendo sospechar que admitió la casualidad como única ley del rápido y vertiginoso movimiento de estos corpúsculos,

Demócrito no admitía en el mundo más que los átomos, que eran el principio de toda existencia, y el vacío, que era la no existencia. La formación de los cuerpos y de los mundos se debía solamente al movimiento intrínseco y necesario de los átomos. Los dioses eran en realidad átomos, ó simulacros y fantasmas de átomos, que revoloteaban alrededor de la tierra, obrando sobre nuestros sentidos. El alma era una reunión de átomos esenciales, sutiles y ligeros, como los que constituyen el fuego. Como los átomos son impalpables é invisibles, no obran sobre nosotros; los conocemos únicamente por unas emanaciones ó simulacros de cuerpo que rodean á los cuerpos, y es lo que vemos.

De aquí se sigue que no conocemos los cuerpos; lo que para un materialista, que niega todo lo que no sea cuerpo, equivale á decir no conocemos nada. Por esto decía Demócrito: « Niego que sepamos alguna cosa ó que no la sepamos. Niego también que sepamos si sabemos esto. » Esta doctrina de la incomprendibilidad de todo ó de la catalepsia (1) fué el prólogo del epicureísmo y del escepticismo. Sus discípulos aprendieron sólo de su doctrina la negación y la duda: Metrodoro negó la posibilidad de saber algo, y Diágoras afirmó que era imposible saber si existían los dioses, por cuya causa fué desterrado.

Por lo demás, en la doctrina de Demócrito, la única causa de la creación del mundo es la casualidad, los átomos con sus movimientos concurren en ciertos puntos y forman los mundos, que pueden perecer por este mismo movimiento cuando sus átomos se separan.

La teoría atomística ó corpuscular permitió á Demócrito explicar una porción de fenómenos satisfactoriamente, ó á lo menos de

(1) Aunque algunos escritores modernos han rechazado esta palabra, nosotros la empleamos por su gráfica significación. El ánimo de aquellos filósofos estaba, como el cuerpo en los ataques catalepticos, privado de movimiento y de sentimiento, indiferente á todo, sumergido en la duda.

una manera que no se opone á las hipótesis modernas, porque en cierto modo penetra en el estudio íntimo de los cuerpos. Fué el primero que consideró la vía láctea como una reunión inmensa de estrellas infinitamente lejanas, siendo por esta causa imposible distinguirlas individualmente. Creía que el número de planetas era infinito, y que los cometas no eran más que la reunión de dos ó más planetas, cuya luz producía en nosotros la sensación de un solo astro.

Heráclito, á quien algunos con Empedócles y Anaxágoras colocan en la escuela intermedia, admitió como principio de su doctrina la oposición, el ser y el no ser, y la transformación como consecuencia ó hecho en que se realizan necesariamente estos dos principios; porque para transformarse un cuerpo es preciso que no sea lo que era, y que sea lo que no era; de modo que el mundo era una transformación continua, una perpétua elaboración. Heráclito y todos los demás filósofos solían partir de un principio verdadero, por más que el sistema que defendieran fuera absurdo en su conjunto. La oposición entre el ser y el no ser, es decir, entre el estado de un cuerpo antes de transformarse y después de transformando, es evidente. ¿Pero qué deducía Heráclito de esta serie de transformaciones y de este hecho evidente? Nada útil, ni

práctico, ni que diese á conocer las leyes naturales.

Dios en este sistema es el sér universal y etéreo que se manifiesta como fuego en el mundo material y como razon en los séres inteligentes. El fuego es, pues, el simbolo del universo, porque es la causa de la vida y de sus trasformaciones, ó sea el flujo eterno de los fenómenos. El mundo tal como está constituido no es eterno; su existencia será limitada porque es simplemente una trasformacion pasajera de la sustancia ígnea, cuyo fin dará nacimiento á otros mundos.

Heraclito, considerando el universo como una forma pasajera y de precaria existencia, no dió una gran importancia á su estudio.

V.

SOFISTAS.

Protágoras. — Górgias. — Reflecciones sobre los sofistas

Las escuelas sofisticas vinieron á terminar lógicamente este primer período de la filosofia griega. Tras de la negacion del mundo espiritual por unos, y del mundo material por otros, debían venir los que negasen uno y otro, así como habian venido los filósofos intermedios á admitir ambos principios opuestos; realizándose de este

modo una ley inevitable, que obliga á las creencias á recorrer todos los campos y todas las combinaciones ántes de desaparecer.

Protágoras, natural de Abdera, que fué el primer sofista, fundó su doctrina en este principio: el hombre es la medida de todas las cosas; es decir, todo en el mundo no es más que lo que cada uno ve ó cree ver; de modo que en realidad nada existe como verdadero en sí mismo, ó si existe, no lo conocemos; pero bajo el punto de vista personal ó humano todo es para nosotros igualmente verdadero. De modo que, limitándose por esta doctrina todo el conocimiento á una percepcion relativa sólo al hombre, el cual es incapaz de distinguir su falsedad ó su exactitud, se seguía una existencia incomprendible, dudosa y negable del universo y de sus leyes. Este filósofo empezó uno de sus libros diciendo que no sabía si habia dioses, y que si los habia ignoraba lo que eran; duda que encierra ya el germen del pirronismo.

Del mismo principio que sirvió de base á Protágoras dedujo Górgias el Leontino lo contrario: todo es igualmente falso. Pero Górgias no se detuvo aquí, sino que, haciendo un sutil análisis de la existencia de las cosas, vino á sostener que nada existia realmente y que, aunque existiera, el hombre carece de medios para conocerlo.

Pródico de Cea admitió ambos sistemas á un tiempo y sostuvo las cosas más opuestas.

En nuestra opinion, algo diferente de la que tienen respetables escritores, los sofistas no se propusieron desde luego, ni negar la verdad, ni traficar con la palabra. Empezaron por buscar sinceramente la verdad en medio de aquel cúmulo de opiniones contradictorias, y limitándose al conocimiento de lo verdadero y lo falso, considerado subjetivamente, no pudieron descubrir el criterio de certidumbre. En cuanto á las percepciones, á que principalmente se refiere la doctrina de los tres que hemos citado, puede explicarse su error con sencillez. Respecto de nosotros mismos, cuanto vemos es verdadero. El sol se nos presenta como un disco plano; los objetos distantes como de pequeño tamaño. ¿Dejará de ser verdadero para nosotros este aspecto cuando así le vemos? Es tates la doctrina de Protágoras. Pero este aspecto es falso respecto del objeto: esta es la doctrina de Górgias. Mas ¿nos engañan siempre los sentidos estableciendo está contrariedad entre el sujeto y el objeto? No; muchas veces al aspecto es verdadero. Hé aquí la doctrina de los sofistas que admitían ambos principios.

Pero como los sofistas no presentaban criterio alguno de verdad, cayeron bien pronto en el escepticismo: creyeron posible de-

fender lo afirmativo y lo negativo y dieron el lastimoso espectáculo que daba Górgias comprometiéndose á defender el pro y el contra por una miserable cantidad. Así nos explicamos la existencia de los sofistas, que fueron objeto de tantas y tan duras censuras por parte de los filósofos posteriores.

No hay para qué decir que el conocimiento del universo no adelantó nada con los sofismas, antes por el contrario apartó la mente de los filósofos de este punto, obligándoles á sentar primero los fundamentos del mundo moral. Las leyes físicas, lo mismo que los dogmas religiosos y el juicio de las acciones humanas, eran objeto de juego y de inútiles controversias entre aquellos hombres que, según las palabras de uno de ellos, tenían á gala hacer ver grande lo pequeño y pequeño lo grande; que sacrificaban la verdad y la convicción al interés ó á un chiste cualquiera; que se vanagloriaban de defender ante la multitud lo absurdo y de negar lo evidente, y que ponían en tortura su ingenio para promover cuestiones dudosas en que pudiera argüirse con facilidad en pro y en contra.

El filósofo moderno no puede comprender toda la influencia que en las costumbres, en las creencias y en la ciencia tuvieron los sofistas; porque no le es dado resucitar una sociedad ciega que, careciendo de

verdades fundamentales, se entretenía y se alimentaba con los juegos de palabras y con las sutilezas con que se reemplazó la fe, la observación, la experiencia, las fuentes más sencillas y más seguras del conocimiento. Así es que hoy nos admira el leer en Platon, en Aristóteles, en Sócrates y en otros filósofos de clarísima razón las refutaciones formales de frivolidades y ridiculeces, de sofismas y extravagancias que excitan la risa, y que se referían á cosas tan evidentes como la propia existencia, el movimiento, las propiedades de los cuerpos, la extensión y la simultaneidad de cualidades y de esencias perfectamente incompatibles. Pero ¿qué había de suceder cuando los sofistas se anunciaban como maestros pretendiendo enseñar á negar que el día fuese día y la noche fuese noche, y los padres de sus discípulos y los discípulos mismos creían cándidamente que esto era un mérito y una gloria y un bien? ¿Qué había de suceder cuando se declaraba que se buscaban armas en la dialéctica, no para descubrir la verdad, sino para presentar como verdadero; lo falso y como falso lo verdadero; demostrando claramente de este modo que el objeto del estudio, del talento y de la oratoria era huir de la certidumbre, armarse contra toda creencia y renegar del objeto para que somos inteligentes?

VI.

SÓCRATES.

Aparece por fin Sócrates (400) á derramar un rayo de luz en aquella confusión, y separa por completo, según hemos dicho ya, el mundo del creador, y enseña que existe una providencia conservadora del mundo material.

Sócrates, en pequeña escala y reducido término y bajo cierto punto de vista, tuvo que hacer una cosa semejante á la que hicieron después los grandes reformadores del mundo: luchar sin descanso contra la metafísica del error, y establecer los fundamentos de lo moral y lo intelectual, socavados y perdidos en el caos de los extravíos de los filósofos. Por eso Sócrates presenta una gran doctrina en punto á las relaciones de Dios y el mundo; de la inteligencia suprema y divina y el mundo material; pero no descende al estudio del universo, tal vez por creer estas cuestiones de pequeña importancia ante la regeneración moral.

Sócrates creía en el Dios único superior y conservador del universo, pero tuvo la debilidad de no confesarlo públicamente. Acusado de ateísmo y de falta de respeto á los dioses, se presentó ante sus jueces como fiel

creyente de la mitología; y condenado á muerte, pasó sus últimos momentos hablando sobre la inmortalidad del alma y los deberes del hombre: sus últimas palabras fueron un sarcasmo contra el paganismo ó una nueva debilidad de aquel momento supremo: « Criton, debemos á Esculapio el sacrificio de un gallo; cumple por mí esta ofrenda. »

Juzgado Sócrates dentro del paganismo y de la filosofía griega, como el principal elemento de la reaccion que suscitaron los sofistas, es la figura más grandiosa de aquellos siglos, y no peca de exagerada la opinión de que fué el precursor del cristianismo, y uno de esos genios de que la Providencia se vale para manifestar la verdad en determinadas épocas.

Pero á los ojos del pensador que analiza y estudia en sí misma la doctrina de Sócrates y la relaciona, no con su época, sino con la razon y la verdad y con el deber que resulta de su conexión, ¡cuán otro aparece el gran filósofo ateniense!

Sócrates, aficionado desde niño, por sus propias inclinaciones ó por consejo de Criton, su protector, al estudio del universo, es decir, de la astronomía, de la física y de las ciencias naturales, abandonó en breve este estudio por creer imposible que el hombre conozca las cosas ocultas ó impenetrables que encierra la naturaleza; debilidad en que se

descubre algo del pirronismo ó de la duda eleática.

Dedicado exclusivamente al estudio de sí mismo y de la moral, examina lo que sabe, y viene á afirmar, cuando le llaman ilustre filósofo, que sólo se diferencia de los demás hombres en que él no sabe nada y lo confiesa, mientras los otros creen que saben lo que no saben.

Ante la fama universal de Sócrates, ante sus virtudes personales y sus preceptos de moral, ante su muerte ejemplar y digna de un mártir, como ante su busto, ¿por qué no hemos de decirlo? que revela en su espaciosa frente la tranquilidad y la serenidad de un justo, nos duele escribir el juicio que tenemos formado de este filósofo; pero no podemos ménos de decir que ni abandonó los juegos de palabras y las sutilezas de sus contemporáneos, ni acertamos en muchos casos á distinguir si sus frases eran sinceras ó encerraban una sátira. Confunde la virtud con la sabiduría, la moral con la ciencia, y la existencia ordenada y científica del mundo con la providencia, y tal vez tiene miedo á manifestar sus opiniones, y hace de su demonio ó familiar el eco de la prudencia, que le presenta constantemente obstáculos y le obliga muchas veces á quedarse perplejo. En toda su doctrina, en medio de aquellas máximas purísimas á que no llegó ningun

otro filósofo, hay cierta indecision, cierta vaguedad en el fundamento, que proviene sin duda de que eran solamente personales; defectos que se hacen evidentes cuando, contrastando con ellas, termina sus discursos con alguna frase inesperada. ¿Quién comprende que el mismo hombre que, próximo á morir y con la copa de cicuta en la mano, pronuncia su bellissimo discurso sobre la inmortalidad del alma, termine recordando el sacrificio prometido del gallo, y conteste á los que le preguntaban acerca de su entierro con un chiste, diciéndoles que le confunden con su cadáver?

Sócrates fué indudablemente un hombre de inmensa superioridad respecto de los sofistas; pero ¿cuánto le falta para ser el verdadero filósofo que hace depender la moral de la verdad!

Realmente el juicio de Sócrates no nos corresponde á nosotros hacerlo dentro de nuestro propósito: por esto indicamos solamente cuáles fueron sus creencias respecto de las relaciones entre Dios y el mundo, é indicamos ligeramente su significacion en el progreso de la filosofía griega.

Sócrates no dejó nada escrito, ni formó tampoco, rigurosamente hablando, un sistema filosófico que tuviese por objeto explicar el mundo y el hombre y las relaciones que unen á estas creaciones con Dios; se popu-

so más bien encauzar la filosofía y combatir los muchos errores de sus contemporáneos, protestando contra el materialismo y el escepticismo. A su muerte cada discípulo, siguiendo recta ó equivocadamente el impulso recibido, fundó una escuela ó secta, naciendo así la ciarenalca, la cinica, lamegárica, la pirrónica, la eliacá, la erétrica y la académica.

VII.

SECTAS CIRENAICA Y CÍNICA.

Aristipo. — Teodoro. — Consecuencias de su doctrina. — Antístenes. — Diógenes. — Sus extravagancias. — Crátes.

Aristipo de Cirene (380), discípulo ingrato de Sócrates y fundador de la secta cirenaica, llamada así por su patria, no encontró en el mundo evidente más que la sensación, la cual es incapaz de enseñarnos nada más que una simple modificación interna ó externa. No habiendo en el mundo sino sensaciones, claro es que el fin del hombre es satisfacer las que sean agradables y evitar las que no lo sean: el deíote es, pues, el principio y el objeto de la vida: no hay moral, no hay deberes, no hay nada más que el placer de la sensación como única ley de nuestros actos. La tierra es un lugar que

nos ofrece placeres y dolores : existe para que gocemos los primeros, empleando así nuestra razon.

La investigacion del criterio de verdad y el análisis de que Sócrates había huido hábilmente, dejándose llevar de más universal propósito, debían dar en sus mismos discipulos frutos no ménos estériles que en los filósofos que le precedieron. La virtud, que para el sabio ateniense era una contemplacion del bien y de la providencia, fué en la escuela de Aristipo una satisfaccion armónica de las necesidades y deseos materiales del hombre.

Dicho se está que tal doctrina no podía ser nada útil al conocimiento del universo, que debe empezar por un Dios y por una mision sagrada en el mundo, y terminar por un análisis delicado de la naturaleza. Al que sólo busca el placer material, y cree que con esto realiza su destino terreno, y que todo termina aquí abajo, no le hace falta un sér creador, ni otra vida, ni un universo que demuestre la providencia infinita.

Aristipo no desarrolló lo suficiente su sistema para llegar á este resultado : pero su discípulo Teodoro de Cirene, con más lógica que verdad, predicó el escepticismo y el ateísmo, que se deducían evidentemente de los principios sentados por su maestro.

Uno y otro filósofo prepararon el epicu-

reísmo moral, negando á esta parte de la filosofía todo fundamento que no fuera el placer, y enseñando su doctrina con la palabra y el ejemplo. Aristipo fué el primero que exigió una paga á sus discípulos : atraído por los placeres de la corte de Dionisio el Tirano, se trasladó á Siracusa, diciendo que los filósofos debían ir á buscar á los reyes, porque conocían sus necesidades ; ya que los reyes no buscaban á los filósofos, porque las desconocían. Allí empleó una adulacion tan servil, que dió lugar á que Diógenes le reprendiera públicamente diciendo : « Si Aristipo supiese contentarse con legumbres, no adularía á los reyes ; » á lo que él contestó con desenfado : « Si Diógenes supiese hacer la corte á los reyes, no se contentaría con legumbres. »

Teodoro hizo siempre gala de ateísmo y de poco respeto. Enviado por Tolomeo de embajador á Lisimaco, se presentó con tal descaro, que este príncipe le dijo : « Creo, Teodoro, que piensas que no hay reyes, así como que no hay dioses. » Fué condenado á muerte por ateo.

La secta llamada cinica, por el lugar en que explicaron sus filósofos, ó moral por su carácter, pues que no pasó nunca del exámen y razon de las acciones humanas, fué creada por Antístenes, y sostenida después por Diógenes y Crátes.

Antístenes (420) admitía un sólo Dios, pero sin los atributos que exige su naturaleza: le concedía en realidad solamente la libertad. El fin del hombre era asemejarse á Dios; es decir, ser completamente libre; y como las relaciones sociales, las riquezas, los placeres, el lujo no quitan alguna libertad, era preciso romper con todos estos vínculos. Antístenes rompió en efecto; se dejó la barba, cubrió su cuerpo con una mala capa, limitó sus propiedades á un palo y unas alforjas: así predicaba la libertad; así creía asemejarse á Dios. Nos basta este hecho para comprender qué idea se formaría del creador del mundo.

En punto á moral, creía que se debía vivir según la naturaleza y hacía de la virtud la independencia de todo lo que es externo al hombre, conservando la doctrina de Sócrates en la unión de lo bello y de lo bueno, pero refiriéndolo principalmente á los sentidos.

Diógenes (400), siguiendo la ley fatal que obliga al discípulo á exagerar la doctrina de su maestro, prescindió hasta de la casa y se metió en un tonel, donde vivía y hacía sus necesidades. Poco ó nada nos ha quedado de su doctrina física; pero creemos que el verdadero conocimiento del universo no se extendería para él mucho más allá de su tonel.

Diógenes llevó al más alto grado de exageración, no sólo la doctrina de su maestro, sino la ridiculez y grosería de la vida. Nunca solía mezclar la palabra Dios en sus arengas y discursos, y se cree que negó la inmortalidad del alma. Poco ántes de morir mandó que le dejasen en el campo insepulto, y habiéndole respondido sus amigos que le comerían los cuervos, añadió que pusiesen un palo al lado. « ¿Y cómo los espantarás si no tendrás sentido? » le dijeron; y contestó: « ¿Pues qué me importa ser comido de las bestias si no sentiré nada? » Esto prueba, ó que creía en el aniquilamiento humano ó en la vida ulterior del alma completamente libre del cuerpo.

No hay escritor que se haya ocupado algo de la filosofía griega que no se haya detenido en este tipo para dar á conocer el orgullo de la secta cínica. Alejandro quiso conocerle y fué á verle á Corinto: le encontró en su tonel tomando el sol, y le dijo que le pidiese algo: « Que te vayas de ahí porque me quitas el sol. » Juvenal cree que en aquel momento era más feliz Diógenes que el gran Alejandro. Sabido es también que éste dijo al separarse: « Si no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes. » Poco después el filósofo cínico salió de día con uno linterna, diciendo: « Busco un hombre; hasta ahora no he visto más que un niño. »

Creía que su excesiva libertad le elevaba sobre los demás hombres; de tal modo que, habiendo sido cogido por unos piratas que le llevaron al mercado para venderle, se anunciaba él mismo á grandes voces diciendo : « ¿Quién quiere comprar á su maestro? » y preguntándole uno qué sabía hacer, contestó : « Estar sobre los hombres. » Le compró un corintio, y cuando oyó llamarse esclavo contesto : « Los leones no son esclavos de quien los cuida; ántes bien, sus dueños son criados de los leones. »

Condenaba el pudor y la vergüenza como debilidades; censuraba todos los actos: viéndolo un día á un ladrón condenado por los jueces, dijo : « Hé aquí grandes ladrones condenando á uno pequeño. » Habiendo oído á Platon decir que el hombre era un bípedo implume, entró en su clase y soltó un gallo, desplumado diciendo : « Ahí tenéis al hombre de Platon. » Conservó únicamente una escudilla para beber; pero, viendo á una niña que bebía en el río con la mano, la arrojó diciendo : « Todavía tengo cosas superfluas. » Dicese que fué condenado por ateo; no se defendió, limitándose á contestar á los jueces : « La felicidad de Harpalo, que es un ladrón y un bandido, depone contra vuestros dioses. » Todos estos hechos característicos pintan su doctrina mejor que otra explicacion cualquiera.

Su discípulo Crátes de Tébas no fué mé-

nos grosero en sus costumbres, ni más religioso. En union con su mujer, écnica también, reprendía públicamente las costumbres.

Los cinicos, como todas las sectas griegas, tuvieron un origen lógico: ante las doctrinas de Aristipo ó Teodoro se presentó como una reaccion en favor de la virtud Antístenes, tal vez virtuoso equivocado ó exagerado, pero enemigo acérrimo de los que buscaban el deber en la satisfaccion de los placeres.

OTRAS SECTAS. — PLATON.

Las sectas megárica, elíaca, erítrea y pirrónica no dieron ni siquiera un paso en el conocimiento del universo. Euclides, Fedon, Menedemo y Pirron, sus fundadores, se dedicaron más á la dialéctica y á buscar inútilmente un criterio de verdad, que á conocer el mundo así espiritual como material. En mano, ó por mejor decir en boca de estos filósofos, se convirtió la lógica en un juego de palabras y de ideas, que vino á terminar en el lema de Pirron: « Es imposible saber nada. »

Los hombres que todo lo ponían en duda ó lo negaban; los que querían destruir la naturaleza humana y dar al hombre otra

naturaleza artificial; los que así desconocían su propia esencia, no podían penetrar en el estudio del universo.

En medio de tantos errores fundó su secta el gran Platon (429-348), discípulo de Sócrates en moral y de Teodoro en matemáticas. La doctrina de este filósofo es un racionalismo idealista con tendencias al panteísmo. En efecto, Platon, buscando la unidad absoluta en la razón, que es el principio del ser humano y la manifestación de Dios, hace de esta razón el mundo inteligente y real en que la unidad absorbe la variedad.

Según Platon, las ideas son como nociones innatas que encontramos en el alma el tipo inmutable y real, el principio y la causa de todo lo que existe. Los objetos de la naturaleza, los cuerpos y los seres se modifican continuamente, varían sin cesar y sin ser; pero las ideas son su tipo inmutable. Por tanto, la idea es la misma naturaleza de los seres y de las cosas, el principio de su existencia, y éstas á su vez participan de la naturaleza de la idea y tienen por objeto darle realización sensible: el mundo material es, pues, un reflejo del mundo inteligente, al cual está ligado de modo que por sí mismo no tiene existencia ni destino propio. De aquí se sigue la jerarquía de los seres. Dios creó por sí mismo los seres superiores, es

decir, los dioses y los astros, y encargó á dioses subalternos la creación de los hombres y de los animales; de manera que cada ser está ligado á otro de quien depende. Un astro puesto en movimiento no tiene el movimiento por sí mismo, porque no se puede encontrar en la materia el principio de las cosas; recibe este movimiento de otro cuerpo, y este de otro, hasta llegar así al primer motor, que debe ser necesariamente espiritual.

Dios es creador; hizo el mundo con perfecta conformidad á la idea preexistente en su razón, y después de haberle hecho, considerando su obra y hallándola conforme á su modelo, se alegró, se aplaudió en cierto modo á sí mismo. Pero no se crea que Dios hizo el mundo de la nada: la materia es eterna; existía antes de la creación del mundo; existía, si no físicamente, á lo menos intelectualmente, en la idea eterna de Dios. Dios, por decirlo así, le dió la forma construyendo con ella una copia material de la idea del mundo que tenía en su mente; de modo que Dios ó el espíritu y la materia no son dos principios opuestos, pero sí eternos y coexistentes.

La participación y penetración de la idea en todos los seres hace que la doctrina de Platon tienda al panteísmo; porque no está bien marcada la diferencia entre la idea que

existe en la mente de Dios y el mundo, exacta copia de esa idea, sin la cual no podría existir. Así es que el mismo Platon dice : « El mundo, el cielo, los astros, la tierra, las almas y aquellos, á quienes la religion de nuestros padres atribuye la divinidad, todo esto es Dios. »

Esta doctrina es un resumen y combinacion de lo que enseñaron los más notables filósofos anteriores. Tiene en la parte física algo de Heráclito, en la parte metafísica bastante de Pitágoras, y en la moral mucho de Sócrates, pero unido admirablemente en un verdadero sistema filosófico. Buscando Platon en todas partes el reflejo de una idea, aconsejaba á sus discipulos que admirasen el orden asombroso de los cuerpos celestes para aprender á amar el orden en su vida y la tranquilidad del alma. Buscó la causa del movimiento circular, y propuso á sus discipulos este problema, que él no pudo resolver porque sólo comprendía el movimiento en línea recta como efecto de una fuerza primitiva. Creyó que el orden de los astros era el siguiente : la tierra en el centro, la luna, el sol, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno; pero, segun afirma Plutarco, en sus últimos años sostuvo que el centro del mundo debía estar ocupado por una sustancia más noble y digna que la tierra.

La filosofía platónica fué un verdadero

progreso bajo el punto de vista del conocimiento del universo porque estableció, no sólo la causa del movimiento, ó como hoy se dice, de la vida del mundo, en Dios, sino porque intentó explicar la dependencia y relacion que tienen entre sí bajo el aspecto físico los cuerpos celestes, ya por un esfuerzo de su razon, ya porque, como es probable, adquiriese Platon en Egipto conocimientos tomados del libro de Moises. Inducen á creerlo así muchos pasajes de sus obras que parecen sugeridos por la lectura del Génesis, y entre ellos el que hemos citado ántes, referente á la aprobacion que Dios se dió á sí mismo despues de hacer el mundo, expresada en la *Biblia* del modo siguiente : « Y vió Dios que todo esto era bueno. »

La doctrina de Platon, presentada tan admirablemente en sus *Diálogos*, tiene tanto merito por lo que estableció, como por haber huido de los peligros en que habían caído otras sectas. La oposicion entre lo finito y lo infinito, que había sido el escollo de la escuela eleática y el gran problema de toda la filosofía griega, desapareció algun tanto en Platon, que admitia desde luego ambas cosas como necesarias y como distintas sin embargo, siendo lo finito la imitacion, la realizacion de la idea preexistente de lo infinito.

XI.

DISCÍPULOS DE PLATÓN.

Platón, lo mismo que Sócrates, señala un punto culminante en la filosofía griega; pero los esfuerzos de estos hombres eminentes se estrellaban en la indiferencia de un pueblo incapaz de comprenderlos; sus doctrinas apenas salían del recinto en que las predicaban, y no eran en realidad conocidas más que de algunos discípulos, que empezaban por admirar á su maestro y concluían por envidiar su fama y fundar una nueva secta.

Por otra parte, estas doctrinas abstractas que conducían directamente á un Dios único, creador, ó por lo ménos coeterno con la materia y apenas superior á ella, estaban en completa oposicion con el politeísmo á que era necesario rendir culto público; de tal modo que los mismos que por un esfuerzo de su razon llegaban á concebir la idea de este sér único, la desmentían con sus actos, adorando á los dioses, haciendo sacrificios ó libaciones en su honor y jurando en su nombre, como hemos visto que hizo Sócrates.

De aquí provino tambien la tendencia constante de los discípulos de estos grandes hombres á conciliar sus ideas con el mate-

rialismo pagano, no habiendo uno que continuase la doctrina de su maestro con la dureza que la había recibido; de manera que con cada uno de estos filósofos murió, si así puede decirse, todo su sistema.

Miéntas se discutían estas doctrinas puramente psicológicas, que cada uno representaba á su modo, la teoría física que más dominaba en Grecia era la atomística. Ninguna otra reinó por tanto tiempo ni tuvo tantos defensores. Desde que la escuela intermedia la inició hasta que llegó á todo su desarrollo con los epicúreos, no dejó de ser explicada y aplicada por la mayoría de los filósofos, que encontraban en ella razones satisfactorias para darse explicacion de una porcion de fenómenos, en el estado en que entónces se hallaban las ciencias, Pero, como á esta teoría no podían aplicarse completamente sistemas filosóficos, cada uno de los cuales aspiraba á una gran generalidad absorbente; como no había en realidad un vínculo que uniese y separase, es decir, que descubriese la unidad y la variedad, la causa y el efecto, el mundo espiritual y el mundo moral, la ciencia física vivía aislada antifilosóficamente, amontonando hechos y observaciones sin enlace alguno, ó cuando más explicándolos por medio de ridículas suposiciones y de propiedades poco conocidas, que se suponían residentes eterna ó ac-

cidentalmente en la materia; preparándose así la doctrina aristotélica y las hipótesis que habían de reinar por tantos siglos en Europa acerca de las virtudes secretas de cada cuerpo.

Sólo de esta manera es posible comprender que de en medio de aquella filosofía, siempre panteísta en el fondo, siempre absorbente del espíritu y la materia, siempre ambicionando explicar los hechos físicos y los hechos morales por una misma ley, naciese ese exagerado individualismo en física, que, aunque partía de los átomos, iguales en todo, venía, á hacer con los mismos elementos cuerpos completamente distintos cuyas propiedades diferenciales tenían que buscar en una secreta virtud del agregado de átomos.

Sin embargo, bajo el punto de vista psicológico, la filosofía griega entró en un período de progreso despues de Platon. Los filósofos anteriores representaban sólo esfuerzos aislados para encontrar una verdad que huía del exclusivismo escolástico; pero Sócrates y Platon dejaron sentados algunos principios innegables, y fundaron el método que debía seguirse en las investigaciones.

Espeusipo, sobrino de Platon y sucesor suyo en la escuela, reprodujo su doctrina con pequeñas variaciones, debidas principal-

mente á su genio violento. Tuvo poco tiempo la escuela.

Jenócrates de Calcedonia se distinguió por sus tendencias exclusivamente morales; pero no pudiendo comprender bien el Dios-idea de Platon sin personalidad alguna, ni el Dios-espíritu que anima el mundo como una influencia eficaz é invisible, admitió ocho dioses, que eran los cinco planetas, las estrellas fijas, que forman un solo Dios extendido por la inmensidad del espacio, el sol y la luna.

Jenócrates se dedicó principalmente á la moral y á corregir los vicios de la juventud, descuidando no sólo las ciencias, sino el estudio psicológico, fundamento de la doctrina platónica.

Sus sucesores en el magisterio no estuvieron mucho más adelantados en este punto. Arcesilao (316-241), fundador de la media academia, erigió en sistema absoluto la duda, la incertidumbre entre todas las sectas, asegurando que no se podia afirmar ni negar nada, sino que lo más conveniente era dar á conocer los extremos y suspender el juicio.

La doctrina de Arcesilao equivale, como es fácil conocer, á una ciencia estéril, llena de oposiciones y contradicciones; al *si* y al *no* suspendido sobre todos los problemas; á ese estado que los pintores han descrito con

un hombre dudoso siempre entre las dos puertas *veritas* y *falsitas*, sin entrar por ninguna; en una palabra, á la negacion absoluta; porque no afirmar, ni negar nada entre dos términos, ya sean opuestos ó semejantes; rechazar el testimonio de los sentidos y el de la razon, es no creer. Así, Arcesilao tendía en sus actos al estoicismo como efecto de la indiferencia: hallándose atormentado por grandes dolores reumáticos, se complacía en manifestar insensibilidad, y decía sonriendo y señalando los piés y la cabeza: « Nada pasa de aquí. »; Horrible creencia!

¿Qué era, pues, el universo para Arcesilao con esta doctrina? Un conjunto de átomos cuya existencia, por ser sensible, no puede negarse, pero unidos por fuerzas no sólo desconocidas, sino desconocibles, con propiedades que no podía asegurarse fuesen tales como se observan; una cosa, en fin, que el hombre no podía conocer por no poder afirmar cuál era la razon ó causa de los fenómenos.

Carneádes (213-125), natural de Cirene, fundador de la nueva Academia, empezó siguiendo los pasos de Arcesilao; pero, temiendo ir á parar al escepticismo, que rechazaban los sentidos, ó al estoicismo, que repugnaba su ánimo débil y cobarde, admitió como principio la incertidumbre; mas añá-

diendo que, á pesar de ella, el hombre puede y debe decidirse á obrar por las razones que le parezcan más verosímiles y probables, lo que equivale á no establecer criterio alguno de juicio, y á hacer la verdad una afirmacion subjetiva y personal. El mundo, así físico como moral, era para este filósofo un conjunto incomprendible de verdad y mentira, de luz y de tinieblas, que era imposible separar por medio del criterio humano; admitía solamente el grado de probabilidad y rechazaba todo lo absoluto; hasta el punto de negar la existencia de Dios, los fundamentos del derecho natural, y los axiomas matemáticos.

Con la escuela de Carneádes terminó la Academia, que, si bien dió un gran paso en el conocimiento del mundo psicológico y moral en su origen, apenas hizo progresar la filosofía de las ciencias exactas.

Pirron de Elida (300) llevó hasta los límites del escepticismo esta duda, erigida en sistema por Arcesilao; y como consecuencia de la duda y de la imposibilidad de saber nada ciertamente, vino á parar á la indiferencia intelectual y moral, que bien pronto aplicó á los hechos de la vida. Diógenes Laercio nos ha conservado algunos rasgos característicos de este filósofo, que dan á conocer los efectos de su doctrina.

Pirron, sin ser fatalista concluíó en el

fatalismo, porque la ignorancia del conocimiento de las cosas le obligaba á no evitar el mal, ni buscar el bien, áun para su misma persona. Solía ir por la calle explicando ó discutiendo con sus amigos, y no variaba de camino aunque viniese un carro ó encontrase un precipicio; de modo que sus amigos y discípulos le libraron muchas veces de la muerte. Yendo con su maestro Anaxarco, cayó éste en un hoyo, y Pirron siguió su camino sin dignarse mirarle. Su maestro elogió este acto, que hoy, bajo el punto de vista humanitario, merecería el nombre de bárbaro.

La naturaleza era para Pirron un misterio, cuyas leyes ignoramos é ignoraremos siempre; y si tratamos de investigarlas, corremos un peligro mayor que la ignorancia, el de engañarnos. Aplicando este criterio en general, convertía la cosmología en una serie de hechos de cuya causa y áun de cuya existencia no estamos seguros. Aplicándole á la moralidad, decía que, careciendo del conocimiento de la bondad intrínseca de las cosas, no había más criterio que la ley humana, siendo todas las acciones indiferentes en sí mismas, no sólo bajo el punto de vista moral, sino también bajo el de la utilidad personal. Vivir y morir le era indiferente; y cuando le preguntaban: «¿Pues por qué no te mueres?» respondía: «Por eso mismo, porque me es indiferente.»

El sistema de Pirron está juzgado por él mismo. Una vez corrió de un perro que le quiso morder: sus amigos se burlaron, y él contestó muy pensativo: «Es difícil despojar al hombre del hombre.» Hé aquí el objeto de aquella filosofía: hacer del hombre una cosa que no fuese hombre.

Esta doctrina del indiferentismo, que es una triste combinación del escepticismo y del fatalismo, y que nunca se verá bastante condenada, mereció una soberbia refutación de Ciceron, que dice, por boca de Lúculo: «¿Es posible que sigas una secta que confunde lo verdadero con lo falso, que nos quita el uso de la razón y del juicio, que nos prohíbe hacer una afirmación y nos despoja de los sentidos? Esos pueblos cimerienses, de quienes se dice que nunca ven el sol, tienen algunos rayos, algún crepúsculo que los alumbrá; pero estos filósofos, en medio de la oscuridad que nos cerca, no nos dejan ni un átomo de luz que pueda iluminarnos. Nos tienen como atados con ligaduras que nos impiden todo movimiento, porque prohibirnos afirmar que una cosa puede ser nos quita verdaderamente el uso del entendimiento y prohibirnos toda acción.»